

Solidaridad... caridad...



Parecería que estos conceptos siguen una línea que en el presente se encuentra en problemas. Son nociones que engloban empatía y cooperación. Virtudes. Palabras que hoy ameritan esfuerzo para practicar. No surgen como modelos de orientación del comportamiento. ¿Será porque el vértigo de la revolución tecnológica tiende al individualismo, desentendimiento del entorno y la apatía? Preferimos chatear a charlar. Escribir mensajes a hablar. La “amigabilidad” de los usos de artefactos (especialmente los informáticos y de manera destacada el “*híbrido que todo lo puede*” - el teléfono celular, que excede con sus múltiples funciones lo descriptivo del término- socavan todo mérito del contacto personal.) Un ejemplo histórico de cómo facilitar tareas puede terminar en perjuicios colaterales es el doblaje en el cine. Cuando éramos niños las películas se subtitulaban. Siendo pequeños requeríamos la presencia de un adulto que nos leyera o contara qué decían los protagonistas. ¡Ahí encontramos otra motivación para aprender a leer y hacerlo rápido y bien para no perdernos nada! Hoy, por lo menos en mi Argentina, los jóvenes carecen de vocabularios fluidos y tienen dificultades para comprender la lectura. No leen. No envían mensajes de texto, priorizan el audio. ¿Habría ayudado el subtítulo fílmico? Sabemos que por el proceso de secularización el valor predominante es dinerario. Y se vende más si se facilita, reduciendo esfuerzos. Y esto ocurre en todas las dimensiones de la socialización y por cualquiera de sus agentes formales o informales. Hoy se nos pretende convencer que la educación debe ser divertida. No lo comparto. No imagino el aprendizaje del astronauta como lecho de rosas sin espinas. Ni mejora sin error. Ni superación del fracaso sin voluntad y perseverancia.

La sociedad humana se encuentra extraviada porque no ha sabido, querido o podido actualizarse a una realidad de cambio social que inició su carrera con la revolución industrial y ahora comienza a tomar una dimensión aterradora en esta era de virtualización e inteligencias artificiales que asoman poniendo en jaque todo lo conocido. El sistema educativo se pregunta en qué habilidades educar ¡y desconocemos los roles ocupacionales y sociales del futuro! Lo que vendrá es desconocido, innominado.



Y no es por falta de advertencias que andamos a los tropezones..

Émile Durkheim (1858-1917) introdujo los conceptos de solidaridad mecánica y solidaridad orgánica en su obra *La división del trabajo social* (1893).

En su estudio nos advertía el modo de organización de las sociedades menos complejas y el de las sociedades desarrolladas tecnológicamente y los riesgos que éstas tenían para mantener su cohesión social y funcionamiento.

Para Émile Durkheim, la **conciencia colectiva** es un elemento que parece tener vida propia, y está conformada por todas las creencias, prácticas y rituales que los miembros de una sociedad comparten.

En la solidaridad **mecánica**, la conciencia colectiva es intensa, cubre a toda la sociedad y produce cohesión social, a la vez que reduce la individualidad. Esto es lo que ocurre en sociedades preindustriales con bajo desarrollo tecnológico, como las recolectoras, pastoriles o agricultoras. Allí se consideraban valores positivos la solidaridad y caridad. Decían los indios pueblo que nadie debería comer dos choclos si a un hermano le faltaba el suyo.

En las sociedades industriales la conciencia colectiva pierde poder por la llegada de la división del trabajo. Ya que la población es más heterogénea, diferentes formas de pensar se encuentran, dando paso a una mayor iniciativa del pensamiento individual. Y esto habrá de requerir un mayor esfuerzo para adquirir una solidaridad **orgánica**, es decir, conseguida laboriosamente y con esfuerzo para superar las diferencias que generan la diversificación extrema de la división del trabajo. En eso estamos hoy y – en mi opinión- perdiendo la batalla. Esto podría explicar la fragmentación del marketing que está arribando a la meta de personalizar individualmente el mensaje en función del destinatario. O las redes sociales de la web, que con sus algoritmos detectan nuestros intereses y nos van cercando con publicidades afines a nuestras búsquedas de manera de rodearnos con propuestas consonantes a nuestro perfil, privándonos de la alternativa a encontrar lo diferente que pudiera llegar a resultarnos atrayente. Y nos repiten a nosotros mismos en una galería de espejos paralelos que fatalmente impedirá toda salida o crecimiento.

Entonces los medios masivos nos proponen el culto al consumo de las diferencias proclamando estentóreamente su presencia. Y llegan al intento de convencernos que ¡los diferentes son iguales! Porque tienen claro que el marketing particularizado llega a todos lados y lo que vende es la subjetividad adocenada de que *cada quien es lo que cree que es...*

En una extraña encuesta recibida por la red a la opción sexo la abrían con las posibilidades de: varón, mujer, auto percibido trans varón, auto percibida trans mujer... ¡Como si al momento del primer berrido tuviéramos consciencia de nuestra identidad sexual!

Parecería que no hemos logrado salvar el peligro que nos advertía tempranamente Durkheim, el naufragio de la solidaridad orgánica por la encerrona fatal del individualismo y hedonismo: La solidaridad no aparece como un bien buscado,

protegido y cuidado en el ethos social de la sociedad industrial. Todos los galardones se reservan al egoísmo, al “genio” que amasa fortunas. La solidaridad se muestra, más bien relegada y sumergida en el rincón de lo que no interesa, y del mismo modo ocurre con la caridad. A excepción de cuando se practican como ostentación para demostrarse generoso o lavar agravios. La caridad se justifica, como dice el refranero en el interés o la utilidad propia: “la caridad bien entendida empieza por casa” que el modo elegante de decir “arréglate como puedas” pero no molestes. Debo ocuparme de mí.



La vida tiene sólo un propósito: *la continuidad de la vida*. Las sociedades insectiles son el ejemplo extremo de solidaridad mecánica: todos individuos parecidos haciendo tareas similares donde lo que importa es la supervivencia de la colonia.

Las sociedades humanas hemos ido mudando de organizaciones simplemente diferenciadas a grupos altamente especializados sin fronteras comunes y requirentes de una compleja organización que nos procure la posibilidad de funcionamiento. A la luz del presente y proyectado al futuro nos induce a pensar que no lo estamos logrando. La concentración de la riqueza, la diferenciación en la esperanza de vida entre ricos y pobres, la incomunicación de valores centrales acribillados por la anomia, el disfrute hedonista a expensas de la salud del planeta parecen indicadores que nos advierten que desoír a los pensadores que nos precedieron no ha sido una buena idea.



Eduardo Arbage Baleani